Diccionario onomástico

KRK EDICIONES · TRAS 3 LETRAS · 76

AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA
CUBIERTA: OLAYA GARCÍA FERNÁNDEZ

Mircea Horia Simionescu

Diccionario onomástico

Prólogos de Mircea Cărtărescu y Eduardo Berti

Traducción de Borja Mozo Martín

KRK EDICIONES · 2024

CENTRUL NAȚIONAL AL CĂRȚII
INSTITUTUL CULTURAL ROMÂN

La edición de esta obra ha recibido una ayuda del
Programa de Apoyo a la Traducción y a la Publicación del
Centro Nacional del Libro del Instituto Cultural Rumano.

© Herederos de Mircea Horia Simionescu
© de los prólogos, Mircea Cărtărescu y Eduardo Berti
© de la traducción, Borja Mozo Martín
Ilustración de cubierta:
Franz Wilhelm Seiwert, *Demonstration*, 1925
© de esta edición, Krk Ediciones
www.krkediciones.com
Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo
ISBN: 978-84-8367-826-8
D.L.: AS-1377-2024
Grafinsa. Oviedo

Índice

PRÓLOGOS

El imperio de papel
Mircea Cărtărescu 9

Una ¿novela? con mil personajes
Eduardo Berti 17

NOTA DEL TRADUCTOR

Cuarenta años de travesura (más uno)
Borja Mozo Martín 27

DICCIONARIO ONOMÁSTICO

Biobibliografía 49

¡Léame por la noche! (a modo de prefacio) 53

A . . . 59 B . . . 130 C . . . 153 D . . . 182
E . . . 208 F . . . 244 G . . . 294 3 . . . 437
H . . . 443 I . . . 496 J . . . 545 K . . . 600
L . . . 605 M . . . 658 N . . . 687 O . . . 695
P . . . 708 Q . . . 733 R . . . 734 S . . . 742
T . . . 759 U . . . 768 V . . . 773 W . . . 779
Y . . . 786 Z . . . 787

GLOSARIO 789

PRÓLOGO

El imperio de papel

Mircea Cărtărescu

Un buen día, estando yo en segundo de carrera, apareció mi amigo Nino Stratan con un libro amarillo hecho trizas debajo del brazo, que llevaba por título *El ingenioso bien temperado*. Su autor no me sonaba de nada, pero Nino me lo recomendó utilizando aquella expresión que reservaba para los escritores más grandes: «¡Este tío es un loco!». Para él, locos solo estaban tres o cuatro escritores, a quienes amaba hasta el punto de identificarse con ellos: Arghezi*, Ion Barbu*, Foarță* y Grigurcu*.[1]

Saqué pues de la biblioteca el libro en cuestión (se trataba de *Bibliografía general*, la segunda parte de la tetralogía de Mircea Horia Simionescu) y empecé a leer. Aquello no era de este mundo. «Sí, un loco... un loco sublime, asombroso, fascinante», me repetía a mí mismo mientras me revolcaba de risa leyendo algún párrafo o hacía girar entre mis dedos, como quien estudia la maqueta en tres dimensiones de una abigarrada molécula, alguna de las tantas frases que me habían dejado con la boca abierta. El libro era todo un estandarte en el fragor de la batalla estética, desgarrado por los vientos y los proyectiles de una furia creadora sin precedentes en nuestro país. Hacía falta vivir en el remoto planeta de la literatura, y no en nuestro miserable mundo comunista, para poder escribir algo así...

[1] Con el fin de agilizar la lectura y de limitar las notas al pie a las empleadas por el propio Simionescu, hemos optado por agrupar los términos marcados con un asterisco en el glosario incluido al final del volumen, donde el lector encontrará información ampliada sobre una serie de autoridades y aspectos de la cultura rumana que, si bien no resultan imprescindibles para el disfrute y comprensión del texto, acaso le permitan ampliar el significado de algunas entradas y, de paso, cobrarse erudita venganza por los interminables crímenes de lesa enciclopedia perpetrados por el autor con total impunidad. (N. del T.).

Por momentos me recordaba a Borges, a veces a Calvino, y muchos fragmentos sonaban a Barth y Barthelme, contemporáneos de otros lares de nuestro MHS que, pese a pasar prácticamente desapercibidos en Rumanía, eran ya verdaderas celebridades en los años sesenta. Por otra parte, MHS no deja de recordar a Lewis Carroll y, especialmente —dentro de nuestra cultura autóctona— a Urmuz*. Recuerda, pero no es igual. Y es que, a pesar de las similitudes que guarda con todos los autores modernos a los que Hocke incluyó en su abstrusa definición del manierismo como manifestación típica del hombre problemático, MHS resulta tan sumamente original que basta con leer unas cuantas frases suyas para reconocer su escritura.

Es Borges, pero un Borges rebosante de humor; Calvino, pero mucho más sintético; Barthelme, pero con un agudísimo sentido moral; Urmuz, pero un Urmuz que transforma lo gratuito en reflexión social, política o metafísica. Acaso la metáfora más sugerente que podría asociársele —aunque ni siquiera ella logre abarcar las múltiples facetas de este auténtico visionario— sea la del bibliotecario, dueño absoluto de un imperio literario, de un mundo propio formado por libros y citas. Porque a lo largo de toda su obra, MHS se dedicó a reciclar en masa la sustancia misma del cliché, su agotado e hilarante sustrato *kitsch*, para ofrecernos a su manera un *Diccionario de lugares comunes* similar y a la vez distinto del de Flaubert.

Junto con Radu Petrescu* y Costache Olăreanu*, sus antiguos compañeros del instituto Ienăchiță Văcărescu de Târgoviște, Mircea Horia Simionescu conformó el eje central del movimiento literario que pasaría a la historia con el nombre de Escuela de Târgoviște. A la par que otros núcleos literarios (y no solo literarios, puesto que, dadas las circunstancias, bien podríamos considerarlos auténticos focos de librepensamiento, embriones de sociedad civil) como el movimiento onirista* o el Cenáculo del Lunes*, la Escuela de Târgoviște alumbró la literatura más avanzada que se produjo en la Rumanía comunista, una literatura insumisa y, por esa misma razón, marginalizada por parte del poder. Tal vez en ningún otro lugar pueda observarse con tanta claridad la dimensión autorrefen-

cial de la literatura como en los escritos de los târgovișteños, que parecen ignorar por completo el mundo real o, como mucho, considerarlo un mero epifenómeno cultural. La literatura constituye para estos autores un territorio virtual en el que todo es posible, un juego inmanente en el que, como sucede en el ajedrez, todas las piezas están repartidas de antemano y lo que cuenta es el arte combinatorio. Siempre se les ha reprochado su gratuidad, su tendencia al artificio «libresco», y lo cierto es que su arte, predominantemente textual, tiene algo de esa laboriosa técnica de doblar hojas de papel que encontramos en el origami japonés. Casi podría afirmarse que ni siquiera han producido obras propiamente dichas, sino a lo sumo un continuo textual del que, por necesidades editoriales, han recortado puntualmente algunas zonas más coherentes a las que han denominado «novelas», «relatos», etc.

Cuando no abandonan directamente los géneros y las especies literarias tradicionales, se complacen en hibridarlos, parodiarlos o socavarlos para que el espectáculo de la literatura se desarrolle en toda su plenitud y exuberancia, sin restricciones, cual desfile de carrozas alegóricas en un carnaval criollo. Cuesta encontrar en sus obras alguna palabra que no encierre un hipervínculo, que no remita a determinada escena, situación o verso de cualquier obra clásica o bien a otro fragmento del propio texto al que pertenece. Esa complejidad literaria, traslúcida y evanescente de las ficciones de la Escuela de Târgoviște cristaliza en un sofisticadísimo sistema nervioso de múltiples capas.

Puestos a elegir la «catedral» de la fortaleza de papel de los târgovișteños, habría que decantarse sin duda por la tetralogía de Mircea Horia Simionescu, *El ingenioso bien temperado*, que sus contemporáneos acogieron como un texto satírico o humorístico, pasando por alto la descomunal puesta en entredicho de la totalidad del campo literario sobre la que se cimienta la obra. El mimetismo, la radicalidad y ese proteísmo formal que exhibe el autor con la destreza de un virtuoso se manifiestan de un extremo a otro de la tetralogía, cuyos cuatro volúmenes forman un corpus que bien podría sustituir, llegado el caso, toda la literatura. Su ambición enciclopédica, de raigambre borgiana, aunque impregnada en

todo momento de autoironía, queda demostrada por el principio mismo de organización de la tetralogía, en especial el de sus dos primeros volúmenes, netamente superiores al resto, que toman por modelos, respectivamente, el diccionario y la bibliografía, es decir, dos formas taxonómicas marginales, condensadas, que combinan el fragmentarismo con la visión holística propia del «ojo de insecto».

Diccionario onomástico, obra de debut tardío del escritor (a los cuarenta y un años de edad), constituye la primera pieza de tan majestuoso edificio. En ella se establecen los principios de funcionamiento de ese nuevo tipo de literatura propuesto por MHS, principios que difícilmente podrían estar más alejados del realismo propiamente dicho o de ese realismo mágico tan presente en nuestra narrativa de los años sesenta y setenta. Cuesta creer que dos textos tan distintos como *Los Moromete** y *Diccionario onomástico* sean contemporáneos (pese a que la publicación del segundo no llegara hasta más tarde), teniendo en cuenta lo alejadas que se encuentran las épocas literarias en las que se inscribe cada uno.

Esta primera obra está compuesta por entradas de diccionario, por lo que, formalmente, podría afirmarse que se trata de un diccionario etimológico o enciclopédico. De hecho, el volumen ha sido a menudo considerado como tal y colocado en los anaqueles de las bibliotecas reservados precisamente a ese tipo de obras. Hubiera bastado no obstante con que los bibliotecarios responsables de tan grotesco error le hubieran echado un vistazo a la primera página del libro para darse cuenta de que el texto no era sino una tremenda parodia construida sobre el esqueleto de las convenciones propias de los diccionarios. En este particular lexicón, los nombres de persona, algunos más comunes y otros más extraños, aunque no del todo carentes de plausibilidad, van seguidos por sus correspondientes «definiciones», en ocasiones de apenas dos palabras, y en otras de una veintena de páginas, definiciones que, amén de no definir en realidad nada, producen lo que Wittgenstein llamaría constantes calambres mentales.

El espíritu acientífico, aglutinador y logorreico de las viejas enciclopedias se convierte aquí en la víctima propiciatoria de una feroz y elocuente

parodia, en la que el nombre propio queda reducido a un complejo abanico de sonoridades, de sugerencias mnémónicas, de fenómenos acústicos a cada cual más pintoresco, una nube semántica ambigua, indeterminada, que estimula la imaginación de modo semejante a esas manchas aleatorias en las que el pintor (anota Leonardo da Vinci en sus cuadernos) ve batallas, fortalezas y extrañas maquinarias. No son pocas las ocasiones en que una simple sonoridad desencadena —anagramas y rotaciones de signos mediante— el retrato de algún personaje fantasmagórico recién salido, ataviado con su coraza y su tocado, del baile de las combinaciones. Independientemente de su extensión y de los mecanismos que los generen, tan variados que uno los creería inagotables, los fragmentos que componen el *Diccionario onomástico* constituyen un auténtico espectáculo de fuegos artificiales cuyo carácter lúdico y gratuito, ingenio y *witz*, no dejan nunca de asombrarnos.

A MHS lo vi por última vez en una exposición de fotografía. De las paredes colgaban una serie de retratos de escritores. No hablé mucho con él. Era real, compacto, y no destilaba en absoluto ese aire de quien tiene ya pie y medio en la bruma del más allá. Hablaba de sus enfermedades y achaques, de lo mucho que le costaba moverse, pero en su rostro podía leerse esa crispación o gallardía propia de quien no está dispuesto a ceder. Me despedí de él con la misma calidez de siempre, convencido de que volveríamos a vernos muchas veces más. Por desgracia, a partir de ahora solo quedará de él lo mismo que esperamos que quede de todos nosotros: un libro portentoso. Para los creadores de la estirpe de MHS, en eso reside el verdadero consuelo y el triunfo genuino de una vida dedicada a la escritura.[1]

[1] Artículo publicado en «El ficcionario onomástico» [Ficţionarul onomastic], número especial del semanario cultural *Dilema Veche* (n.º 742, 10-16 de mayo de 2018) dedicado a la figura de Mircea Horia Simionescu. El artículo retoma algunos fragmentos de un texto anterior, que figuraba como prólogo en el audiolibro *Mircea Horia Simionescu lee fragmentos de* «El ingenioso bien temperado», editado por la editorial Casa Radio en 2011. (N. del T.).